

UTOPIA
EL
TERCER MILENIO

UNA UTOPIA
PARA EL
TERCER MILENIO

UNA UTOPIA
PARA EL
TERCER MILENIO

**UNA UTOPIA
PARA EL
TERCER MILENIO**

Desde pequeños hemos imaginado lo que ocurriría en el año 2000. Esa cifra mágica excitaba nuestra curiosidad y suscitaba toda clase de interrogantes. Según la edad de cada cual, parecía más o menos probable alcanzarla, incluso a más de uno se le presentaba como un desafío llegar a ella. Hemos llegado, al fin, a ese fin del milenio y, como era previsible a medida que se iba acercando la fecha singular y las brumas del futuro se disipaban, lo mítico de ella se desvanecía y las expectativas se asemejaban a las más cotidianas.

Sin embargo, aunque no sea un final de la historia, parece un buen momento para recapitular, para hacer un examen de conciencia histórica. Se trata, de adaptar los ojos para mirar a lo lejos, tanto hacia el pasado para no repetirlo, como al futuro para que no se nos imponga.

Para ello debemos ser conscientes de vivir en una coyuntura que agota, con frecuencia, nuestra mirada. Sólo lo que ocurre hoy parece tener importancia. Por un lado, nuestra vida es limitada y los acontecimientos más importantes nos parece que son los que ocurre en nuestra generación, por lo que es difícil tomar conciencia de los que nos condicionan si han ocurrido en un pasado más o menos remoto. En este sentido, el artículo de José María Garrido nos ofrece unas pocas y decisivas claves que han unido la inmensa mayoría de las tendencias del primer milenio: el ascenso de la burguesía, el lento y progresivo avance del papel del dinero, la aparición del individuo en la historia como sujeto del pensamiento y la acción...

Sin duda, uno de los grandes activos del balance del milenio que termina ha sido el desarrollo material de la civilización gracias al progreso de la ciencia y la tecnología. Sin embargo, como muestra José Fernández, éstas no se encuentran liberadas de una cadena de intereses que la alejan del servicio a la humanidad. El desafío para el tercer milenio consiste en sustraerlas de la servidumbre al mundo del dinero para construir un mundo al servicio de todas las personas y de toda la persona.

Pocas instituciones pueden resistir el paso de los milenios, la Iglesia es una de esas pocas. No los pasa indemne, ni persiste inmutable, podría

sentir el temor hacia el porvenir, pero su sola experiencia histórica también le permite mirar con seguridad y esperanza hacia él, pues cuantas veces se ha pronosticado su desaparición, ha sido para terminar asistiendo a los funerales de sus enterradores. Además tiene la fe, pero... «cuándo el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará acaso fe en la tierra?» (Lc 18,8).

Otras instituciones, en cambio, tienen sus días contados, sus formas comienzan a ser más fantasmales que reales. Es un convencimiento nuestro el que expresa Teófilo González, vamos hacia una sociedad mundial que planteará problemas nuevos, que precisará una cultura superior, y a la que las formas políticas actuales no harán más que encorsetarla, llegará un tiempo no muy lejano —históricamente hablando ya está aquí—, en que esa sociedad mundial hará estallar las costuras que la ciñen demasiado estrechamente.

Este problema está dando lugar a la globalización, que, como explica Antonio Colomer, hoy es únicamente financiera, siendo ya urgente plantear las formas jurídicas necesarias para la evolución histórica común de la humanidad, de manera que las relaciones internacionales, que hoy son abiertamente injustas, cedan el paso a unas relaciones intrasociales de carácter universal.

Otro de los cambios que ya se hacen sentir, pero que no ha hecho más que empezar en el segundo milenio, en las sociedades enriquecidas del Norte, es el del papel de la mujer. El protagonismo al que está llamada será una de las grandes revoluciones silenciosas que cambiará la faz de la sociedad del tercer milenio.

Por último, este fin de milenio, que ha visto el ocaso de las últimas utopías prometeicas, nos da ocasión de reflexionar sobre el sentido de nuestras acciones. La humanidad actual no se plantea su duración en el tiempo, en medio de la confusión le basta vivir al día con el horizonte de lo inmediato, sin embargo, no hemos dejado de creer que la humanidad debe orientarse en la niebla de los tiempos venideros por medio de alguna brújula que le marca insistentemente el norte de la utopía y, así, le permita plantearse los proyectos más nobles aunque parezcan inverosímiles y quienes los emprendan sepan que su cumplimiento será inverificable para ellos.